

### **De regímenes y cambios**

El pasado 1 de septiembre, el presidente Andrés Manuel López Obrador (AMLO) subrayó que la meta histórica de su gobierno es lograr un cambio de régimen, el cuarto en los dos últimos siglos. Sólo el tiempo permitirá saber si se logró o no tamaño objetivo.

Pero ¿qué es un régimen político? Si se recurre al Diccionario de política de Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, (Siglo XXI, 1982), se trata de “el conjunto de las instituciones que regulan la lucha por el poder y el ejercicio del poder y de los valores que animan la vida de tales instituciones” (p. 1409). En buena medida, las instituciones determinan la selección de los dirigentes y el ejercicio de su poder, pero no el contenido de ese ejercicio. Esto último corresponde a los valores que dan vida a tales instituciones. Veamos un ejemplo. Por largo tiempo México tuvo elecciones puntuales, pero se trató de una formalidad sin contenido, pues de antemano el manejo de las instituciones aseguraba la victoria de quien las controlaba y, al final, el proceso sólo servía para llevar a cabo ajustes internos y no para que los votantes decidieran el resultado; se trató de una institucionalidad formalmente democrática, pero realmente al servicio de valores autoritarios.

Hoy la estructura institucional es la heredada, aunque con algunos cambios. Así, por ejemplo, el Estado Mayor Presidencial ya no existe, pero en cambio ha empezado a tomar forma una Guardia Nacional que deberá tener presencia en todo el país y un mando único para hacer frente a la creciente ola criminal. Sin embargo, en lo esencial, el entramado institucional no ha cambiado; sólo las revoluciones llevan al cambio estructural radical y rápido, y ese no es nuestro caso.

Hoy, lograr un cambio del régimen mexicano solo puede efectuarse paulatinamente y mediante un remplazo de los valores que animan el ejercicio del poder a través de los instrumentos institucionales ya existentes.

La propuesta que abrió el mensaje presidencial del 1 de septiembre es una que ya implica una voluntad de cambio en la orientación de los valores que dominaron la política del... En nuestro país se ha formado una oligarquía equivalente a la que se constituyó en el Porfiriato, al punto que actualmente cuatro familias acumulan una fortuna equivalente a más del 8% del PIB, (Gerardo Esquivel, Desigualdad extrema en México: Oxfam México, 2015, p. 18). El sistema capitalista mundial favorece la concentración descomunal de la riqueza, (Thomas Piketty, El capital en el siglo XXI, FCE, 2015). Y esa naturaleza brutalmente inequitativa del capitalismo neoliberal se acentúa cuando el poder político acepta ponerse al servicio del económico, como ha sido el caso en México. Un ejemplo de ello es que a pesar de lo bajo de una recaudación fiscal (alrededor del 17% del PIB) que limita el gasto público social y en infraestructura, en los dos últimos sexenios se condonaron impuestos por 213 mil millones de pesos a un centenar de grandes contribuyentes (mensaje

presidencial del 1 de septiembre). Hoy ya se cerró la puerta a este tipo de política para subrayar la separación de las dos esferas de poder.

La Revolución de 1910 le dio un golpe muy duro a la oligarquía porfirista con la reforma agraria, pero actualmente no es posible una solución semejante. Sin embargo, la austeridad en la formas de vida de la clase política, una lucha efectiva contra la corrupción pública y privada, más una reforma fiscal –que por ahora no se contempla pero que es necesaria--, puede desembocar en una sociedad más equitativa y con más justicia en la distribución social de cargas y privilegios.

Para el gobierno de AMLO, la viabilidad de México como Estado-nación requiere dar sentido al “primero los pobres”. Ese fue el proyecto zapatista que luego retomó el cardenismo, pero al final se abandonó. Si el cambio político del 2018 lograr dar forma a una sociedad más justa, menos corrupta y más segura, el régimen se habrá ganado el calificativo de nuevo. Claro, aún tiene muchas batallas por librar, pero el proyecto bien vale la pena.

#### **COLUMNA DE HERNAN GOMEZ BRUERA. Septiembre 03 del 2019**

##### **Nadar de espaldas**

- No está del todo claro qué país está naciendo. Por momentos no se sabe cuál es la narrativa y la estrategia de fondo.

No cabía esperar grandes novedades del informe presidencial de un líder que informa todos los días. Quienes pensaban que de allí saldría un gran anuncio o declaración se llamaron a engaño. Difícilmente una ocasión como esta abriría un espacio para algo distinto que resaltar logros, típicos en un acto como este.

Lo que sí se esperaba –y que lamentablemente no ocurrió—era que el presidente volviera a hablar ante el Congreso, como dejó de hacerse desde que Felipe Calderón asumió el poder, e incluso ensayar un nuevo formato que permitiera cuestionarlo, como tantas veces propuso la izquierda en la oposición.

Lo primero hubiera servido para demostrar que –a diferencia de sus dos antecesores-- este presidente podría presentarse en San Lázaro sin nada que temer. Lo segundo habría permitido generar una interacción novedosa con el Poder Legislativo de la cual –no tengo dudas—López Obrador podría salir muy bien librado.

El discurso sobre los primeros nueve meses de gobierno se dividió entre el recordatorio de un pasado que quedó atrás y el esbozo del nuevo rumbo que ha tomado el país.

Lo más interesante hasta ahora –y lo que se ve de forma más clara—es aquello que puede leerse en clave de destrucción de mucho de lo que hemos padecido hasta

hoy (quizás una “destrucción creadora”, como escribió Octavio Paz para definir la modernidad).

Lo más claro en estos nueve meses –y lo que resulta más esperanzador—es que efectivamente hay un cambio de régimen; que ese Estado corrupto que se había organizado para extraer rentas para fines privados en muchas partes, ha comenzado a desmantelarse decididamente.

Está quedando también atrás una forma de relación entre el Estado y la sociedad, una manera irresponsable y desquiciada de gestionar el dinero público; una forma de ver y gestionar la política social, por medio de intermediarios que jugaban un papel nefasto: un régimen que creía en el valor de la técnica y el poder de los tecnócratas por encima de todo, incluso de la política; una visión que gobernaba desde el escritorio, sin prácticamente pisar ni entender el territorio.

La estética de lo público cambió decididamente, al punto que se ha vuelto inaceptable que los funcionarios vivan con cargo al erario de la manera en que lo hacían. Y aunque el avión presidencial esté estacionado allá lejos, y quién sabe si se venda algún día, ese exceso que insultaba la pobreza de la mayor parte de los mexicanos es hoy una ofensa menos. Desapareció ese y otros símbolos de la presunción, de la fastuosidad y la frivolidad del poder.

Aunque parezca algo menor, me sigue sorprendiendo subir a un avión y encontrarme con secretarios de Estado viajando en línea comercial y en clase turista, cargando su propia maleta, sin un séquito innecesario para acompañarlos, como era la antigua costumbre.

Todo eso y más está quedando en un pasado al que la gran mayoría de los mexicanos no queremos volver. De ahí que la frase más potente del discurso del domingo sea precisamente el acta de defunción de los conservadores, su “derrota moral”.

Lo que no está del todo claro es qué país está naciendo. Todos los días y de manera vertiginosa se suceden anuncios, propuestas o iniciativas de ley, sin que logremos darle sentido a los frentes de conflicto que se abren casi a diario. Por momentos no está claro cuál es la narrativa y la estrategia de fondo.

A veces pienso que vivimos un momento en el que pareciera que nadamos de espaldas y de noche: alcanzamos a ver lo que estamos dejando atrás, pero todavía no está muy claro hacia dónde nos dirigimos, cuál es el camino, a dónde queremos llegar.

Pareciera que debemos confiar en la destreza del nadador, en su instinto y sentido de orientación. Se trata de un nadador peculiar que nos dice que lo sigamos, que confiemos en él porque es él, sin ofrecernos plena evidencia de que sus brazadas sean las correctas. Hoy la gran mayoría de los mexicanos le damos el beneficio de la duda. Mañana tal vez no será así.

**Caso Rosario: personajes en las sombras**

Autoridades federales están enteradas que desde Sedesol y Sedatu, bajo la conducción de Rosario Robles, fue diseñada una base de datos con los millones de familias beneficiarias de programas sociales, usando criterios tecnológicos que permitan hacerlas compatibles con programas como “Zafiro” y otros desarrollados para el PRI con el fin de permitir una estrategia que ganara elecciones.

Según se confió a este espacio, los investigadores de la Fiscalía General de la República (FGR), que comanda Alejandro Gertz Manero, disponen ya de una montaña de evidencias en el sentido de que la llamada “Estafa Maestra” que desvió fondos federales mediante convenios amañados y empresas fantasma, tuvo como propósito esencial canalizar fondos al entonces partido oficial con fines electorales a lo largo del sexenio Peña Nieto... personaje hidalguense al que se identifica con Miguel Angel Chong, ex secretario de Gobernación y actual coordinador senatorial del PRI.

Orozco fue director general de Geoestadística y Padrones de Beneficiarios en Sedesol y después jefe de la Unidad de Políticas, Planeación y Enlace en Sedatu, siempre bajo las órdenes de Robles. Sus principales colaboradores identificados fueron Enrique Prado, Sonia Zaragoza, Claudia Morones y René Islas. Hasta donde se conoce oficialmente, ninguno de ellos ha sido incluido entre los imputados por este caso.

A partir de los datos aportados a este espacio, la cifra original de 21 convenios firmados en Sedesol y Sedatu, todos ellos bajo la conducción de Robles Berlanga, se ha ido incrementando hasta superar los 100. La malversación estimada alcanza ya muchas decenas de miles de millones de pesos.

Las indagatorias coinciden en que el oficial mayor de Robles en ambas dependencias, Emilio Zebadúa, es constantemente señalado por funcionarios de diversos niveles, así como por directivos de casas de estudios y otras entidades estatales, como el personaje que orquestó la integración de los convenios, la contratación de empresas fantasma y la triangulación de fondos, hasta llegar a retiros en efectivo en instituciones bancarias.

Zebadúa y presumiblemente integrantes de su círculo personal, utilizaron casas rentadas en zonas como Polanco (una de ellas, en la calle de Tennyson) para citar a rectores, directivos de entidades estatales como sistemas de radio y televisión, entre otros, a los que se planteó el esquema de la operación: Sedesol o Sedatu entregaban una partida multimillonaria mediante convenio, a fin de realizar diversas tareas; la entidad beneficiaria retenía un porcentaje de ese monto, y el con el resto contrataba a una empresa fantasma que le era indicada para supuestamente desahogar el proyecto en cuestión.

Rectores y funcionarios que aceptaron participar revelaron a los investigadores nunca haber recibido sino solo una parte del monto estipulado en el convenio, aunque los hicieron firmar por el total. Más de un rector ha declarado que rechazaron intervenir en este tipo de acuerdos, y señalaron a los funcionarios de Sedesol y en su momento, de Sedatu, que buscaron su complicidad.

Juristas consultados expresaron inquietud por el hecho de que hasta ahora sólo Robles esté sometida a proceso penal, no así sus colaboradores clave, con el riesgo de que el caso se difumine y quede en la impunidad. Pero quizá el tema más intrigante resulte el que nadie parezca estarse preguntando si esta funcionaria tuvo el poder suficiente para una orquestación de esta magnitud, sin que sus superiores (Presidencia, Gobernación, Hacienda) hayan participado o se opusieran. Es como si al centro del salón fuera colocado un elefante rosa pero todos simulan no verlo.